

Rosa Regás
Azul



Premio Nadal 1994



Azul es la historia de una pasión amorosa entre Andrea — una mujer casada, periodista y con una complicada vida social— y un muchacho más joven, Martín Ures, que llega del interior de la Península para descubrir un variado mundo de gentes y trabajos, y sobre todo, esa capacidad alquímica del amor que lo convierte en algo definitivamente peligroso.

Cuando la relación parece resquebrajarse, Martín y Andrea se embarcan en un pequeño crucero y, a lo largo de los dos días que dura la escala en una desolada isla griega, descubren la naturaleza real de sus ataduras. Rosa Regàs nos invita a una travesía que se convierte, por un azar inexorable, en una revelación. Con un estilo preciso, lírico, de una deslumbrante eficacia en el análisis de los sentimientos y situaciones, la autora consigue hacer próximos unos personajes que han experimentado una transformación apenas perceptible pero demoledora, alcanzados por el poder intensamente azul del mar y de la noche.

Para Storni,
esta historia que le pertenece.

Prólogo

Fanny Rubio

Rosa Regàs (Barcelona, 1933) es una niña de la guerra española, como «niños de la guerra» han sido llamados los miembros más jóvenes de la generación del medio siglo ligados a la Escuela de Barcelona. Uno de estos niños, el poeta Carlos Barral, en su día compañero editorial de Rosa Regàs, describiría una trayectoria semejante: editar poesía, traducir, escribir ensayo, participar en foros y publicar novelas. Cito esta semejanza porque ambos compartieron en su día (Rosa Regàs la mantiene) la pasión por el mar, la que-rencia por la costa mediterránea catalana y la mirada ética que, tras la muerte de Barral, ha distinguido con más intensidad la obra literaria de Rosa Regàs, a la que asoma el modelo de intelectual «gramseiano» comprometido con su tiempo que no prescinde de los placeres del sentir del pensar, ligados a un paisaje marino tan real como literario y simbólico.

De ahí surge, fruto de un pensar contemplativo, la narrativa de Rosa Regàs, desde *Memoria de Almotor*, relato publicado a comienzos de los 90, a la más reciente, *Luna Lunera*, ambos en distinta medida equidistantes de *Azul*, la novela que hoy me complace presentar. *Azul* se alzó con el premio Nadal en 1994 sumando a la conquista del gran público el impulso mayoritario de la crítica. En sus páginas leemos a una escritora española que ha sabido transmitir en dos frases, puesto que no es su tema, la atmósfera del

último franquismo, dos frases a través de las cuales el lector capta las ganas de una generación que tenía entre 18 y 40 años, de romper con la corsetería dictatorial, las ganas de esta generación de inventarse un país, una lengua liberadora y una realidad psíquica nueva de una generación de mujeres modernas que hallaba, por primera vez colectivamente, su modo de nombrar el mundo que tenía delante.

Azul arranca de la dedicatoria «para Storni, esta historia que le pertenece» que evoca a la más venerada suicida del amor de nuestra lengua, Alfonsina Storni, y es que la historia de amor entre dos enamorados separados por la edad, el ambiente y los gustos, Andrea y Martín, eje de la novela, guarda como la de Storni una semilla trágica que Regàs muestra a lo largo del relato, pero, a diferencia de la primera, Regàs da tiempo a que de la historia de Andrea y Martín Ures broten otros recursos que reserva el carácter del personaje femenino y que el mismo personaje va administrando a medida que despierta psicológicamente. Rosa Regàs lo expresa de manera tan minuciosa y acotable como dibujaría un cartógrafo una carta de marcar para uso de navegantes poco avezados.

El nombre de Andrea coincide con el de la protagonista de *Nada*, la novela de Carmen Laforet, primera ganadora del mismo premio, pero esta Andrea es una mujer profesional de éxito, casada, partidaria de vivir un amor paralelo con Martín Ures, quien se convertirá en su nueva y exclusiva pareja, mientras el joven «doncel» venido de una aldea en los prados de Sigüenza con ganas de volar a través de la profesión elegida, director de cine, da el salto a Nueva York, ciudad en la que sobrevive gracias a la sombra protectora y frágil de Andrea, que corre en su busca. A partir de ese momento, los logros profesionales de Martín son inversamente proporcionales al proceso de autodestrucción de la nueva pareja. Y es en este momento cuando los personajes se embarcan por unos pocos días en compañía de un par de amigos y un timonel en un pequeño crucero de recreo.

Coincide esta fase depredadora de la relación con el hecho de convivir en grupo en el pequeño crucero Albatros gobernado por el multilingüe magnate del cine Leonardus, viejo amigo de Andrea, con un pasado digno de las mejores novelas picarescas: de adolescente, Leonardus se ganó la vida en el puerto de Sidón y después entró en Nápoles escondido en un carguero chipriota, pero aquí hace de maestro en el arte de marear siempre flanqueado por una joven atractiva, Chiqui, y un muchacho danés a cargo del timón llamado Tom. De manera imprevista, los navegantes deben atender un problema técnico que les hace arrimarse a la costa de una inquietante isla del mar griego, una isla misteriosa venida a menos en la que Arcadia es una vieja visionaria, junto a la que los navegantes vivirán situaciones parecidas a las del barco y los enamorados estarán a una braza de convertirse en homicidas. Bien cierto es que en la novela las vidas parecen timones de barcazas que tan pronto navegan en punto muerto como dejan de acusar las reducciones de velocidad, como si los signos del mar avisaran desde afuera de señales de cambio de unos seres que muestran el alcance de sus pasiones hasta el límite del peligro, incluso más allá.

Así, el cogollo narrativo levanta sus estratos con el ligero contratiempo que ayuda a que Andrea y Martín entren en fase devoradora. Lo mismo que el esposo Carlos, en una de las escasas escenas evocadas que le tocan sin que necesite más para mostrarlo, representa, en principio, la pasión bien amarrada tal y como maneja los amarres de la barcaza en la que llega. Está claro que para Leonardus lo importante no es vivir sino navegar, en contra del muchacho Martín, que odia el mar, y por tanto, navegar, incluso nadar. Pero tal vez contagiada del instinto de navegación de Leonardus, la narradora Rosa Regàs avanza al compás de la proa que surca las aguas plácidas de la mañana.

Maestra en las artes de jugar con la idea de tiempo, Rosa Regàs reconstruye en la novela Azul las distintas etapas

de la vivencia amorosa: el balanceo de los inicios diez años atrás, el oleaje cuando el amor entra en la fase de la mentira o la venganza que no deja de ser pasión, el camino sosegado de la resignación metáfora marina del final del viaje y la cínica prospección fatal —digámoslo ahora— a partir del embrujo extraño que detuvo el Albatros. La novelista disecciona una pasión por cuyo poder combaten los implicados que han quedado, como sucede casi siempre, en tres. Como un Ingmar Bergman de nuestros días que no abandona a sus parejas cinematográficas hasta que éstas vomitan la última papilla, Regàs busca en el subconsciente del hombre frustrado a pesar de su juventud, quien necesita mostrar trofeos inexistentes y en la atractiva mujer diez años mayor que se deja conquistar complacida por un nuevo doncel de Sigüenza a quien llama «corazón» con la distancia de una tía carnal, luego entregada a la patología de los celos sumida en el alcohol, que sitúa a Regàs en la familia literaria de Malcolm Lowry y su obra *Bajo el volcán*. Pese a ello, la novelista no renuncia a ironizar a propósito de esa mujer que está siempre perdiendo sus gafas y a darse un respiro de vez en cuando aparcando a Martín y dejando a Andrea con su melancolía para contarnos el gusto por el mar, junto al descubrimiento léxico excepcional de la navegación, sus ambages, sus ritos. Guiña, además, un ojo al cine y otro a la narrativa moderna, de Clarín a Benet. ¡Cómo sobrevuela el filme *Perros de paja* de Peckinpah en el capítulo más violento de *Azul*, donde la culpa, el miedo y el rencor aparecen en estado puro!; ¡cómo no vera la escritora catalana en la pincelada que dedica a la ciudad de Barcelona, el homenaje a *La Regenta* en el amasijito de servilleta de papel y resto de café de la taza que ella entrega a Martín, despertando en el hombre la aversión, como en la obra de Clarín lo hiciese Ana Ozores!

Azul culmina con la constatación de una evidencia: nadie nos ama como quisiéramos ser amados, de ahí la inútil búsqueda. Sin embargo el motor que lleva al naufragio de

las emociones es el azar, la convicción, se dice, de que cada acontecimiento lleve dentro de sí el rumbo que ha de seguir la historia, por encima de acciones y voluntades. Por eso Regàs narra sin aspavientos la agonía del amor, la violencia anticipada en la salvaje muerte de un can, los horrores de la culpa, la crueldad, los contrastes entre pasado y presente encarnados en las dos mujeres separadas por un puñado de años, la interpretación de los amores de los otros, la casa de Nueva York en la que ya llevaban viviendo siete años. Así el amor entra en la fase de la carcoma, destrucción que queda amortiguada gracias a la alternancia de los tiempos, el contraste entre el vibrante comienzo del amor y su consumación, la huida de quienes corrieron a gozarse, la degradación de lo que fuera en otro tiempo entrega y, a la postre, la revancha del aspirante, ahora en papel de sádico, «más enardecido cuanto más ofendida ella», aunque a cambio recibirá de Andrea la confesión de una verdad imprevista.

En la cadena turquesa que se corresponde con el azul de los ojos de Andrea, Rosa Regàs ha conseguido esculpir inteligente y bellamente el rostro de la incertidumbre que marca la condición humana, ha sabido ahondar líricamente en el sueño secreto que sostiene cada una de nuestras peripecias vitales.

*Pone al copiar te mi espejo
un poco de oscuridad.
El cielo es azul celeste
y azul marino la mar*

Gerardo Diego

I

«Can the transports of first love be calmed, checked, turned to a cold suspicion of the future by grave quotation from a work on Political Economy? I ask —is it conceivable? Is it possible? Would it be right? With my feet on the very shores of the sea and about to embrace my blue-eyed dream, what could a good-natured warning as to spoiling one's life mean to my youthful passion?»

Joseph Conrad, A personal record

La isla no tenía ningún atractivo especial como no fuera la gran mole de piedra roja que acumulaba el sol desde el amanecer. Por el este se abatía en picado sobre el puerto y por el oeste descendía menos abruptamente hasta formar un valle pedregoso y árido. Desde lejos se destacaba altiva como un vigía, como un faro natural amparando las breves laderas cubiertas de matorral reseco y espinoso.

La mayor parte de la superficie y del litoral era tan rocosa que al cabo de los años, cuando ya no quedara rincón alguno del Mediterráneo sin explorar, sólo una pequeña playa de marga habría de salvar a sus escasos y derrotados habitantes del ostracismo turístico. Sin embargo era de difícil acceso porque no podía llegarse a ella más que por un estrecho camino que trepaba entre ruinas desde el muelle

sur, descendía de nuevo y se borraba a veces, o burlaba al caminante y le llevaba por veredas sin retorno entre construcciones medio derruidas, sin techo, de ojos vacíos y suelos rellenos de cascotes, de cuyas ocultas entrañas brotaba a veces, solitaria y torturada, una higuera. Al retomar el camino, o lo que el desuso había dejado de él ya podía verse a lo lejos el agua clara y los bajos fondos plagados de erizos, pero antes de llegar se desparramaba sin remedio en un terreno de marismas y una breve playa tosca, de arena roja y ardiente donde nacían yerbajos y matojos y se amontonaban los detritus.

Exceptuando el puerto era la única salida al mar. En el resto de la costa no había más que rocas que se precipitaban en riscos sobre el agua, paredes de escollos donde batían sin descanso las olas aun con el mar en calma, tan verticales que al filo de mediodía el perímetro completo de la costa quedaba rodeado de un exiguo cinturón de sombra, un relieve sobre el azul opaco, aplastado por la luz, que luchaba por mantener una ínfima zona de frescor frente a la mole rocosa.

Después de que los bombardeos de los primeros años de la segunda guerra mundial la hubieron despojado de sus barcos y de sus bienes, de sus casas y de sus iglesias, la existencia de aquel pedazo de tierra olvidado parecía no tener otra razón de ser que la de secarse y researse hasta perder el color.

El atractivo que más éxito habría de tener cuando finalmente fuera invadida por las hordas destructoras del turismo era la cueva azul cuyas excelencias, junto a su historia desfigurada, cantarían y multiplicarían las guías y los folletos. A quien no conociera palmo a palmo los arabescos del litoral le habría sido muy difícil descubrirla. Tenía la entrada casi al nivel del mar y bastaba que se rizaran un poco las olas para que la misma altura que les daba la corriente cerrara la entrada a golpes de espuma y estruendo. Pero para los pocos nativos que quedaban en el lugar no había confu-

sión posible. Incluso los días en que el levante azotaba las rocas con ira descontrolada, sabían cómo aprovechar la resaca de un embate para, a golpes de remo y con buen cuidado en mantener la cabeza gacha casi a la altura de las chamuceras, deslizar con una sacudida precisa la barca dentro de la caverna. Una vez en el interior, el agua se volvía viscosa, oscura, inmóvil. El ámbito mantenía una temperatura fría, de un frío compacto que no calaba, que permanecía como un apósito en la superficie de la piel y transformaba el bramido del mar exterior en un eco sordo de concha marina gigantesca, en un sonido aterciopelado, envolvente que cerraba el espacio con mayor contundencia aún que las mismas rocas que lo componían. La bóveda sólo podía verse con la ayuda de una linterna y sus paredes lisas, sudadas y rezumadas, de un azul intenso y oscuro, irisado por la refracción del haz de luz que se concentraba en la monumental arista horizontal de la entrada, nada tenían que ver con el aspecto áspero, escabroso, rojizo que mostraba su otra cara bajo el sol.

Poco más había en ella: el pequeño café con sus tres mesas desvencijadas bajo las moreras de hojas carcomidas en la esquina de la plazoleta que se abría en el centro del puerto, la hilera de casitas de construcción reciente a ambos lados, con la carpintería pintada de azul pálido a imagen de las que arrasaran los bombardeos, el antiguo mercado todavía con algunas columnas de mármol en pie y sus mostradores, la vieja central eléctrica y el generador elemental del muelle norte que daba luz a las bombillas de las escasas farolas de las ribas, y del otro lado, más allá de la playa de bajos fondos y erizos, una cantera que se había utilizado por última vez hacía años para reconstruir la iglesia ortodoxa cuyas dependencias habían ido extendiendo durante siglos, columnas, cornisas y cimborrios tan agarrados a la base de la roca principal que habían acabado confundándose con ella poco antes de quedar despanzurrados por las bombas. En el cabo que por el sur cerraba la boca-

na del puerto se había construido hacía pocos años una mezquita y se había urbanizado una pequeña plazoleta en el mismo muelle que en invierno el viento del noroeste se cuidaba de limpiar a embestidas.

Eso era todo lo que podía verse desde el mar, porque el puerto avasallado por la roca roja, de cuya arista colgaban aún vestigios cobrizos del castillo que le dio el nombre, no admitía más de tres o cuatro desordenadas hileras de callejas oscuras y apenas recompuestas. Y a mediodía, con la reverberación del sol que la inmensa mole había acumulado durante su historia milenaria sobre las ribas y el mar enclaustrado de la bahía, la intensidad del calor se convertía en plomo. Y se deslizaban furtivos los dos escasos centenares de personas que quedaban en el pueblo, envejecidos y anquilosados, y permanecían en las sombras de sus ruinas o se desplazaban con cautela abrumados por la confusión y el miedo, como si hubieran sobrepasado el umbral a partir del cual ya no fuera posible el retorno, como se convierte en dos la cuerda tensada un instante más o a partir de una repetición la caricia se muda en tormento, o se transforma en odio, resentimiento y dolor el amor que va más allá de su propio límite.

Sin embargo ninguno de ellos había oído hablar de esa isla. Ni jamás habrían conocido el letargo de sus orillas calcinadas ni la historia —o el sortilegio, ¿quién podía saberlo?— que escondían sus ruinas sin aristas, de no haber sido por una inoportuna avería del motor. Quizás Leonardus habría reparado en ella al consultar la carta o tal vez en la ruta hacia Antalya la habrían visto a lo lejos como una sombra más cuyo perfil se transformaría al alba en una fortaleza rosada ocultando sus secretos.

Habían pasado la noche anterior fondeados en una cala cerrada por rocas oscuras a la que llegaron al atardecer sorteando un corredor de islotes espaciados y escalonados an-

te la costa que la resguardaban de vientos y corrientes. Cenaron una vez más protegidos del relente bajo el toldo y dejaron correr las horas con la seguridad de que ya nada iba a estropear ese viaje que tocaba a su fin. Martín Ures había aceptado la renovación de su contrato con una de las productoras de Leonardus por otros seis años —tres películas y seis nuevas series de televisión—; Andrea parecía haber recuperado un poco el color y quizá una sombra de la alegría que tuvieron alguna vez sus grandes ojos azules, y Chiqui pese a ser mucho más joven que todos ellos juraba a carcajadas que se había divertido como nunca. No había habido tensiones, ni peleas, ni accidentes, el tiempo había sido bueno y podían irse a casa en paz.

Tom, el chico danés que Leonardus había contratado ese verano, se levantó poco después del amanecer. El cabello largo, rubio y lacio le caía sobre la frente hasta cubrirle los ojos, pero sin tomarse la molestia de apartarlo con la mano salió del camarote de popa dejando tras de sí el caótico desorden de sábanas, almohadas, casetes y camisetas que le había acompañado desde que iniciaron el viaje diez días antes, se pasó por la cabeza un ancho jersey de punto, saltó al chinchorro amarrado al chigre de escota, soltó el nudo y agarrando el cabo de popa con las manos en alto lo hizo deslizar sobre el cristal gris del agua hasta la roca donde lo había amarrado la noche anterior.

Ni el suave balanceo del *Albatros* al liberarse por la popa ni al poco rato el martilleo metálico al levar el ancla, despertaron a Martín Ures ni a Andrea, que dormía a su lado. Pero cuando la cadena quedó estibada en la roda como la serpiente en la oquedad de la pedriza y se hizo de nuevo el silencio, abrió los ojos con cautela, temeroso incluso de la lechosa luz del alba. Luego se incorporó y miró a su alrededor buscando lo que le había despertado. Recogió del suelo una botella vacía de *whisky* que rodaba con el vaivén del barco, miró a su mujer y con la pesadez y lentitud de la resaca estuvo unos minutos pendiente de su res-

piración uniforme y acompasada que emitía un silbido profundo como el lamento de un animal. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la mano extendida hasta chocar con las cuadernas en un gesto de descuido involuntario, y la sábana que le envolvía una pierna había adquirido con el sueño la textura de un lienzo. Los párpados semientornados escondían apenas las pupilas azules y le daban un aire todavía más ausente que el sueño profundo. Habría dormido inquieta, porque estaba cruzada en la litera y él quizá se habría despertado al sentirse arrinconado contra la madera. El camarote era pequeño y seguía la forma de la amura estrechándose hacia la proa. Fue a poner la mano sobre el muslo pero se detuvo. Hacía calor y a cada inspiración Andrea repetía ese mismo ruido cascado.

«Ronca —pensó Martín concentrándose en el silbido, la vista opaca y la mente confusa—, ronca y dice que no ronca».

Después inmovilizó la mirada en el vaho del ojo de buey cuya cortina semientornada descorrió con sumo cuidado para evitar el ruido y los gestos bruscos. Y, perdida toda esperanza de volver a dormir, se puso en pie sobre la cama y sacó la cabeza por la escotilla.

El motor se había puesto en marcha y el *Albatros* tras un breve titubeo acertó el rumbo y comenzó a deslizarse por el fresco del amanecer abriendo las aguas mansas, brillantes, vírgenes de viento, al tiempo que las explosiones del motor partían el silencio, y el susurro de la espuma huía del casco y se deshacía en la estela. Sorteó los islotes y dejó atrás los telones oscuros de la cordillera, y cuando finalmente salió a mar abierto el sol inmenso y rojo apareció en el cielo e inundó de luz el aire con tal contundencia que dejó el paisaje brumoso y sin color.

Tom, con los auriculares puestos, sostenía con una mano la lata de coca-cola y hacía oscilar con la otra la rueda del timón para mantener el rumbo, fijos en un punto del